

## Dos cadáveres excelentes

PARIS.—Un príncipe, diputado giscardiano, primo lejano del actual Presidente de la República, ex primer secretario del partido de Giscard (Republicanos Independientes), propietario de un castillo con cientos de ventanas y hectáreas, hombre de negocios al frente de docenas de empresas, asesinado en uno de los barrios elegantes de París el 24 de diciembre. Lo menos que se podía esperar eran muestras de indignación de sus pares de la fama y grandiosos funerales organizados por sus amigos gobernantes. La mayor preocupación de éstos fue, en cambio, la de Ionesco en *Asmodea*: cómo desembarazarse del cadáver de Jean de Broglie (pronúnciese **De-Breuil** con **e** cerrada—, si se quiere estar a la altura fonética de la nobleza, y **De Brogli**, como preconiza "Charlie-Hebdo", y como hace todo francés llano); al entierro del príncipe, diputado, etcétera, no asistió ninguno de los tres ministros previstos (a todos les salieron quehaceres a última hora); no hubo pésame oficial ni frase pública de su lejano primo.

Hubo, eso sí, celeridad para concluir el asunto. Después de grotescas insinuaciones (el príncipe habría sido asesinado por un misterioso comando de extrema derecha en recuerdo de su participación en la Conferencia de Evian—1962— entre Francia y Argelia), la Policía llegó, una semana después, a la explicación del crimen y a la presentación pública de los asesinos.

Ese día, el 29 del mes pasado, la velocidad se transformó en precipitación. Con un rictus forzado —y no con esa risita irónica que a menudo utiliza como dialectica Michel Poniatowski, ministro del Interior, quiso imponer un punto final a lo que se iba a convertir en el "affaire De Broglie": el asesino es Gerard Frech; el organizador de la operación, Guy Simoné; financiada ésta por dos consejeros del asesinado, Ribement y Pierre de Varga, que mantenían negocios sucios con el príncipe, y que esperaban, con su muerte, cobrar un seguro de vida que aquél había establecido en su favor.

Tanto el asesino como el organizador confesaron las acusaciones, pero eso no hizo más que ampliar el escándalo: el primero es hijo de un policía, y el segundo, Guy Simoné, es un policía inspector principal en activo, que ya había participado en robos y atracos, que había estado mezclado en bacanales con menores, que había intentado asesinar a su amante... y que gozaba de altas protecciones. El príncipe de Broglie le había prestado 120.000 francos, sin que hoy se sepa todavía a santo de qué.

Se comprende, pues, la sonrisa crispada de Poniatowski, teniendo



Jean de Broglie: entre Giscard y Matesa.

en cuenta, además, que días antes había felicitado a la Policía por su labor ejemplar en el año transcurrido.

Pronto empezaron los reveses del ministro. El primer contratiempo lo tuvo con la Magistratura francesa, que no apreció la forma en que Poniatowski se sustituyó a ella, designando los culpables. Los familiares de éstos se lanzaron luego a una contrainvestigación, ante la inverosimilitud de la versión oficial. "Mi padre —dice la hija de De Varga, refugiado húngaro que 'eligió la libertad' y que ya pasó cinco años en la cárcel por toda clase de asuntos—, puede ser un estafador, pero no es un asesino". Reveló, además, que la deuda del seguro de vida era transmisible en caso de muerte de De Broglie, y que ella tendría que seguir pagándola en parte. El crimen no era provechoso, pues, para De Varga.

Empezaron a salir trapos sucios, relentes de tráfico de armas, aspectos oscuros en las actividades de este hombre que dirige tantas sociedades y que estaba oficialmente declarado "sin profesión" en la Asamblea Nacional.

Y salió a relucir Matesa... Jean de Broglie había sido elegido presidente de la firma luxemburguesa Sodatex, S. A., emanación de Matesa, en 1968, según revela "Le Canard Enchaîné".

Nombres como los de López Bravo, olvidados aquí, vuelven a aparecer en la prensa. "Le Monde"



Emilien Amaury: Un "duro" caído.

recuerda que López Bravo se encontraba precisamente en Luxemburgo el día que las Cortes celebraron, en junio de 1970, una sesión dedicada al caso Matesa.

Contra todas las pronósticos de Poniatowski, el "affaire De Broglie" no hace más que empezar.

### Amaury: Murió con las botas puestas

Emilien Amaury, el magnate de la prensa francesa, murió fiel al retrato que *post mortem* le hiciera "Le Monde" ("estatura y rostro a lo John Wayne, al servicio de una ideología de "western", simplificada y puritana"): de una caída de caballo.

Murió también con las botas puestas. Desde hace tres años mantenía un conflicto con los obreros de su diario, "Le Parisien Libéré", mostrando desde el primer día una intransigencia que mantuvo hasta el momento de su desaparición.

Este interminable conflicto familiarizó su nombre entre el gran público, pero Emilien Amaury era ya famoso en los medios periodísticos por su combatividad y por su maniqueísmo. El mundo estaba dividido en buenos y en malos. Entre éstos se hallaban los partidarios del progreso, de las nuevas ideas, de la evolución de las costumbres. Y entre los otros, los que lucharon por Argelia francesa, los defensores de la pena de muerte y de los

valores cristianos establecidos.

Había empezado a militar con Marc Sagnier, inspirador de la nunca realizada democracia cristiana francesa, y con esas ideas humanistas entró en la Resistencia contra los nazis. Al terminar la guerra creó "Le Parisien Libéré", y pronto se fue extendiendo su terreno hasta convertirse en un emporio: "Carrefour", "L'Equipe", "Marie-France" y numerosos periódicos especializados y regionales.

"Carrefour" evolucionó hasta ser el órgano de los nostálgicos del nazismo, y "Le Parisien Libéré" fue uno de los periódicos más vendidos de Francia. Desde su domicilio, el director-propietario daba órdenes todas las mañanas para la formación del diario, y de su primera plana: sucesos, crímenes (resaltando en especial la nacionalidad y el color de los culpables, si éstos eran extranjeros), y nada de política. Así llegó a los setecientos mil ejemplares, que envidiaban otros diarios más escrupulosos.

Y se llegó también al conflicto con los talleres. Estalló a principios de 1974. Amaury decidió imprimir el diario con tipógrafos que no pertenecían a la CGT (central sindical todopoderosa en la industria del libro). Sus doscientos empleados quedaron en una situación original: acudiendo todos los días a la imprenta, pero sin trabajo; en paro, sin estar despedidos. De nada sirvieron las huelgas solidarias de toda la prensa (no salía ningún periódico, excepto "Le Parisien Libéré", fabricado por obreros no sindicados), ni las acciones espectaculares de los tipógrafos: interrupción del Tour de Francia, ocupación del trasatlántico "France", de Notre-Dame, etcétera. Amaury se mostraba intransigente.

El conflicto se agudizó el 5 de diciembre de 1976, con la expulsión de los obreros de la imprenta, a la que acudían diariamente. Esta acción policial fue resentida por Jacques Chirac como un gesto destinado a restar repercusión al lanzamiento de su renovado partido. (Ver TRIUNFO, número 718, "Giscard y la nueva derecha", por Eduardo Haro Tecglen), y número 725 ("Ahora el chiraquismo", por Ramón L. Chao).

Amaury desaparece cuando se empezaban a entrever posibilidades de que iniciara el diálogo con los sindicatos.

¿Y el caballo?, se preguntarán algunos. Este principal protagonista del asunto tenía reputación de ser arisco. Tiró dos veces al suelo a Emilien Amaury; antes lo había cabalgado una gentil amazona, sin resultados trágicos. Ahora le están analizando la sangre, la orina, la saliva y hasta los excrementos para determinar si al pobre animal no le habían suministrado excitantes. La extrema derecha se ha sacado de la imaginación este plan de crimen perfecto para una original película del Oeste. ■ RAMON CHAO.